

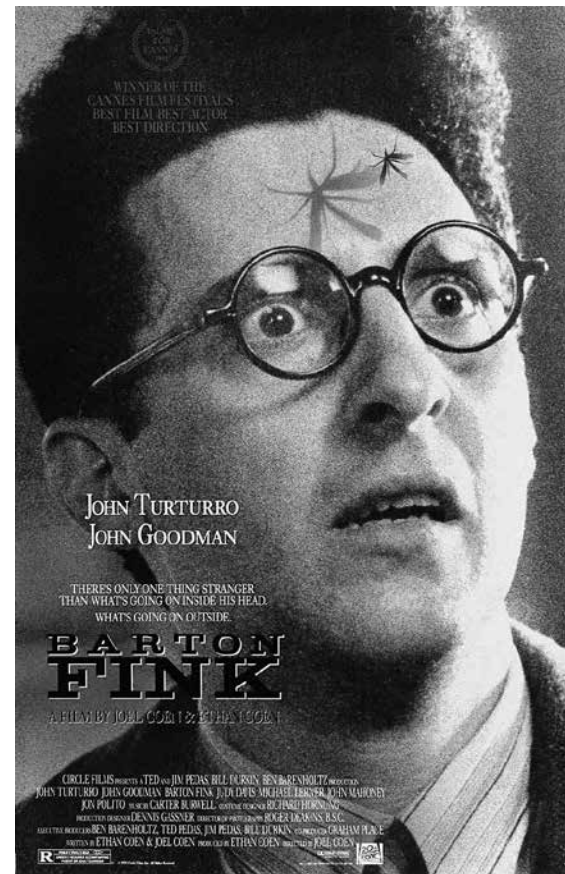
Recuerdo de *Barton Fink* (Memoria de un desastre personal)

Verónica Bujeiro

LOS MAESTROS NOS MUESTRAN GRANDES OBRAS en un supuesto afán educativo, cuando en realidad lo que buscan es nulificarnos. Adyacentes de su frustración artística, nos las presentan a fin de torturar nuestra incipiente intención creativa. Pero las grandes obras no deben mostrarse jamás como modelo formativo, se les debe mantener ocultas y alejadas de las mocedades artísticas, de futuros esclavos a sueldo de maquinarias circulares en las que su imaginación será utilizada únicamente como escape de la realidad que en verdad les correspondía.

Si como dice el escritor Enrique Vila-Matas, *Barton Fink* es una de esas películas que cuando termina empieza en nosotros, en mi caso el efecto se dilató hacia el plano de lo real atizando la parálisis y el vacío de la página de un eventual guión cinematográfico.

Mi memoria conserva aún a detalle la primera exposición a semejante obra en una seca tarde de verano en la escuela de cine. También guarda impecable la impresión de insignificancia que sentí tras el correr de los títulos, la duda sobre las intenciones que entonces creía todavía factibles sobre convertir mi oficio en algo que aspirara a crear algo remotamente similar y, sobre todo, cual si fuese ayer, retiene la impresión de ese eco de bala que hizo en mí, minando mansamente aquellas aspiraciones cinematográficas para siempre, dejándome en claro que la pantalla grande no era juego de niños.





Un cigarro sirvió como consuelo. *Barton Fink* había acabado conmigo, relegándome para siempre a una condición de mediocridad que tendría que guardar en secreto; especialmente si, como tantos otros cínicos, ambicionaba a futuro sostenerme a base de sacarle el negro a la página.

Pero no le guardo rencor.

No obstante los estragos que causó en mi vida, recordándome ante el impaciente cursor que jamás podré alcanzar semejante gloria artística, he de confesar que vuelvo repetidamente a ella, no con un afán de imitación sino de compañía. Y es que pasada la atrofia que dejan sobre uno las grandes obras, se llegan a convertir en buenas amigas.

Barton Fink es una de esas obras a las que uno no tendría que llegar por otro motivo que no sea la experiencia de vida. Sólo así puede llegar a disfrutarse el agudo y enloquecedor planteamiento dramático en el que, salvo algunos detalles de la trama, se nos concentra en la contemplación que el señor del título practica sobre el descote lento y lacerante que lleva a cabo el papel tapiz sobre la pared de su cuarto de hotel. Retrato genial e inigualable sobre la procrastinación que aqueja a los primeros estados de todo acto creativo, con su comparsa de petrificación impuesta por aquella dura faena que implica lanzarse a ese vacío real de la página en blanco. Motivo que Joel y Ethan Coen explorarán a raudales dentro del descenso del héroe de esta película, expandiendo sobre su audiencia la duda de si habremos también entrado a la locura que la cinta conmina.

La caída libre a ese blanco vacío también funcionará como una artimaña cinematográfica que nos introduce al laberinto kafkiano donde se extravía Barton con la encomienda de escribir un guión para un filme mediocre, en donde la imposibilidad por embestir el encargo se une a las demandas de una clase burocrática hollywoodense, desequilibrando no sólo la intención, sino también la psique del protagonista, hundiéndolo en un pozo de desesperación y angustia en el que se retrata como pocas veces sobre el celuloide el trauma del “bloqueo del escritor”, esa constipación de la mente, tortuosa y vil como pocos padecimientos que pueda sufrir un organismo vivo, que vista por fuera sólo se manifiesta como un síntoma de inseguridad creativa.

Este elemento dramático es jugado por los hermanos Coen como la carta comodín que dirige todo el resto de la trama, a la vez que les permite hacer una cantidad de comentarios hilarantes y atinados sobre la maquinaria absurda del funcionamiento hollywoodense, en donde el artista fluctúa sin profilaxis alguna entre el estatuto de esclavo y dios. Una lección accidental y no contemplada por el maestro que eligió dentro de su asignatura la exhibición de este filme en aquella tarde de verano en la escuela de cine.

Otra enseñanza que resuena es aquella que reza “no conocer a tus ídolos”, ya que como insulso placebo se le recomienda a Fink pedir ayuda a un colega y éste elige acudir a uno de sus héroes, el escritor W.P. Mayhew. El encuentro le demostrará a Fink que pese a sus glorias todos los ídolos son de barro y frente al espejismo de la mujer del viejo, Audrey Taylor, hará

caso omiso al destino de locura y adicción que se pasea frente él, para descubrir que es justo ella la letra que previene a Mayhew del *mayhem*¹; un accesorio del que él mismo carece y comienza a desear, quizás de forma malsana.

Y así como sucede ante la página en blanco cuando toda esperanza se da por perdida, es la realidad quien se entromete para empezar a escribir una historia mejor que la prevista. Es el paso a primer plano de Charlie Meadows, el otrora cándido vecino de cuarto, quien trastocará la cuarta pared de la mente de Barton, proporcionando a su paso una misteriosa caja que se convierte en el insólito remedio que agiliza el golpeteo sobre el teclado.

Los perspicaces hermanos elevan esa caja insulsa a la cualidad de un *Macguffin* en el que tanto Fink como el espectador consignan sus propias conclusiones, desdoblando asimismo la farsa emprendida hasta ahora hacia la gravedad que toda obra de humor serio realmente implica.

Para cuando la palabras “The End” se visualizan dentro del horizonte de la máquina de Barton, ya se ha trepado al escalón de la inocencia de los dioses, ingenuo en su superioridad por la concepción de un nuevo orden a base de tinta y no arcilla, colmado de un éxtasis que lo eleva en su tránsito común entre los mortales.

Pero un golpe literal lo regresará al verdadero y brutal vacío de lo real en donde mirar hacia atrás no funcionará, pues bien se sabe que al haber cruzado el umbral de la creación nada permanece igual.

Como raras veces, realidad y ficción se empalmarán de manera ilustre tanto para el protagonista como para su público, dejándonos a merced de un corolario difícil de superar.

Y la caja seguirá llenando su contenido, alarmando nuestra razón y sosegándola con respuestas intelectuales que parecen apuntar hacia la creación artística.

Tras recorrer el viaje de *Barton Fink* yo tampoco fui la misma.

Amedrentada por su genialidad consigné mis batallas contra el vacío de la página a la redacción de obras fútiles que jamás serán filmadas y, más allá de colmar mi mente con saltos desde el cuarto piso, resolví, ante mi incapacidad de acceder a la grandeza, que habría de actuar frente a la escritura como ante ciertas sustancias: buscándola sólo por sus efectos en el organismo de quien la toma.

Con eso deberá bastarme.

Las grandes obras siempre estarán ahí para humillarnos y hacernos compañía, ofreciéndonos la esperanza de que otros vengan, las descubran y, ante su zozobra, nos den un tiempo de ventaja entre los nuevos competidores. **▲▲**

¹ La palabra *mayhem* significa caos en inglés.



Los cineastas Joel y Ethan Coen, en su oficina de Manhattan en mayo de 2004.
(Fotografía de Jean-Christian Bourcart / Getty Images)